

La rata

Dora Alonso

Entró por el hueco de siempre, luego de atravesar en una carrera la distancia entre la vieja casa de carretas y la pequeña bodega del batey. Era una rata grande, parecía un hurón; una gorda rata de avisados ojos, de larga y fina cola como un vivo látigo.

Había nacido allí y conocía muy bien los distintos caminos que llevaban a la cerca de piñas; los invisibles rastros que trepaban a la cobija del guano; el blando suelo que se ignoraba silencioso y oscuro bajo la casa donde ella, todas las noches, en culebreo de sombra, se deslizaba con hábiles contorsiones para penetrar en el estrecho agujero del piso de madera hasta el local del bodegucho.

Naturalmente que una vez allí, se iba sintiendo cada vez mejor, entre los sacos apilados, repletos. Eran montañas de granos diferentes. Olfían a humedad, a fermentación, y había un gran barril lleno de grasa blanca, donde alguna vez, caminando por el borde, en un resbalón, ella cayó, saliendo con dificultad.

Otras ratas menos fuertes quedaron dentro, ahogadas, luego de chapotear y rascar en lo blando, hundiéndose. A la mañana, con el sol, el hombre las sacaba del barril por la cola, lanzándolas al patio, donde caían con ruido fofo. Al poco rato, bajo sus cuerpos, se abría una sombra de grasa derretida atrayendo a las hormigas. Muchas cucarachas también morían de la misma muerte.

Esta noche, sus hijuelos dormidos empezaron a removerse en su pequeño vientre hinchado. Antes de poder roer de los granos, del tocino, de cada una de las cosas amontonadas, sintió dilatarse su entraña, salir los hijos uno a uno.

El nido quedó formado sobre el último saco de harina, donde imaginó que nada podía llegar a molestarla.

Fue la primera vez que el ojo del sol se abrió sobre aquel lugar encontrándola dentro. Dentro y avizora, azorada, nerviosa.

Cada ruido de la casa que despertaba la hacía temblar y encogerse sobre las vidas minúsculas. Cada segundo temía los grandes pasos que atronaban el piso cercano.

Cuando sonó el candado, casi se espanta, huyendo. Llegó hasta el hueco de salida, pero esta vez sentía que no podía alejarse. Temblando volvió al nido: el hocico fino apuntando arriba, los ojos brillantes.

Entraban dos pies enormes, calzando recias botas cubiertas de fango. Por entre los sacos apilados, la mirada llegó hasta los brazos desnudos, hasta la mano que empuñaba un cucharón donde chorreaba grasa del barril.

La manteca caía con ruido blando sobre el papel oscuro. Después, las manos lo llevaron por el aire hasta el plato de lata de la romana y un dedo movió con precaución la pesa.

-¿Cuánto quieres?

-Media libra. Pésela bien, Aniceto, por su madre...

La mujer asomaba su rostro ojeroso, amarillo, como eran los de aquella gente del batey que la rata conocía bien. Y no separaba los ojos de la pesa, tratando de vigilar. Pero el hombre la dejaba hacer porque no podía impedir su robo.

Por el ventanuco del párpado, se veía andrajosa, con un hijo pegado al pezón de caimitillo seco.

La voz, titubeando, tímidamente, pedía algunos víveres más. Los iba disponiendo sobre el mostrador, en enanos envoltorios torcidos por sus extremos. Movía después un lápiz fino y verde como espiga de arroz.

-Debes peso y medio más. A ese paso, no les tocará un sólo centavo en la próxima zafra.

Ella se achicaba, acomodando el cartucho entre el brazo libre y el seno flojo y mísero. El hombre anotaba en una libreta. Una libreta gorda, preñada lo menos de diez crías.

Eso ocurría todas las mañanas. Voces, rostros parecidos asomaban para recibir onzas de menos y más bichos ahogados en la manteca, según el cucharón hurgaba más abajo, revolviendo sus distintas muertes. Los gruesos dedos apartaban las manchas aladas y oscuras, sirviendo el resto cuidadosamente, sin desperdiciar.

Al caer la tarde, el candado se cerraba. La vieja rata, entonces, tranquilamente, se ponía a roer cada cosa cercana y abundante. En esa forma crecieron sus hijos, también fuertes, avizores, ágiles. Los fue olvidando en el cuidado. Todos juntos holgaban de arriba abajo en la bodega, sin ser molestados. Marcando sus dientes, sus uñas, el reguero de pelos finos sobre los distintos bocados.

Las hormigas y los gorgojos se situaban también. Y el hombre era bueno y tolerante con todos.

La rata parió varias veces. Muchas veces. De noche, era el ruido y el festín. Todo olía a ratas y cucarachas. En la sombra tropezaban hocicos y alas, volando en un zumbido rápido de un lado a otro, entre el fétido olor de la bodega cerrada.

El barril se moteaba mucho más y eran más los cuerpecillos grises y engrasados que al otro día engolosinaban a las hormigas en el gran patio lleno de claridad.

Nadie llevaba cuenta alguna en la bodega, exceptuando la de aquella gruesa libreta.

Pero algo falló para la vieja rata. Para el hombre. Para los insectos. El golpe llegó por las mismas figuras de caras ojerosas. Entraron unidas, con mudo encono. Cada saco podrido, cada cueva de bichos, cada nido de ratas se removió en un pánico total y breve. La claridad bañó en limpia lechada los hediondos rincones y su historia de tantos y tantos años.

Con la libreta que soltaba hojas sobre la tierra, como podrida al sol, cayeron los sacos perforados de gorgojos. El barril.

El hombre cayó también. Fue el último.

«**La Rata**» está incluido en «Narrativa cubana de la revolución», publicado por Alianza Editorial.